

apóstoles, y en ellos á todos cuantos en la sucesion de los tiempos marcharian por sus huellas, y como ellos darian su vida en comprobacion de los hechos en que se fundaba su fe. Y en efecto, no puede concebirse un testimonio mas ilustre de la divinidad de la religion cristiana, que el que han dado aquellos hombres magnánimos que plenamente convencidos de la divina mision de su fundador, de su doctrina, de sus milagros, de su resurreccion, de su ascension á los cielos, y del cumplimiento de todas las profecías á él relativas, arrojaron los peligros, sufrieron la persecucion, el odio y la muerte por confesar que Jesucristo era el Unigénito de Dios, y Dios como él con el Espíritu santo. « El verdadero mártir, dice un célebre deista, es aquel que muere por un culto cuya verdad le está demostrada. »

Nuestros santos hermanos Cosme y Damian no podian dudar de la verdad del culto del Dios del Calvario, ántes bien estaban plenamente convencidos de que era el único entre todos cuantos reinaban en el mundo, que tenia en su favor todos los caracteres de la infalibilidad. Si como los apóstoles no podian decir: « nosotros anunciamos lo que han visto nuestros ojos, lo que han escuchado nuestros oidos y lo que han palpado nuestras manos acerca de la palabra de vida » (1); podian empero decir llenos de seguridad: nosotros anunciamos lo que vieron aquellos primeros discípulos del Cristo, lo que confirmaron con sus milagros, lo que sellaron con su sangre; nuestros abuelos lo vieron y oyeron, ellos se lo contaron á nuestros padres, y de estos lo hemos recibido nosotros; así que nuestra certidumbre no es hoy menor que la de los apóstoles, pues está apoyada en una tradicion que da á los hechos evangélicos un testimonio inmortal, y llevará la conviccion hasta las postreras generaciones del universo.

Prueba evidente de esta conviccion íntima fué sin duda la constancia de nuestros santos mártires, cuando fué llegado el momento de mostrar con los hechos lo que habian predicado con sus palabras. Habíase extendido maravillosamente la fama de los prodigios obrados por los santos hermanos. En todas partes se oían referir las curaciones que hacian, y la multitud de conversiones que se efectuaban. Llegó en esto á aquel país

(1) *I. Joan. c. 1. v. 1.*

el prefecto Lisias con órdenes severas de los emperadores Diocleciano y Maximiano, para exterminar á todo trance á cuantos rehusasen ofrecer sacrificios á los dioses del imperio. No bien hubo fijado allí su pié el tirano, cuando se le presentan los sacerdotes de los ídolos, y le dicen: « Señor, el culto de las divinidades del Olimpo no podrá sostenerse, y caerá en mengua « y descrédito ínterin permitais que dos impíos que existen en « esta ciudad continúen sublevando el pueblo con sus sortilegios « y encantamientos. Ellos son dos célebres médicos que en virtud « de los prestigios del cristianismo obtienen en toda clase de « dolencias resultados que sorprenden á los incautos, y los arrastran en pos de ese culto abominable detestado justamente « por los dioses. Si pues los dejais continuar impunes, llegará « día en que nuestros dioses, nuestros templos, nuestros sacrificios dejarán de existir entre nosotros, porque todo el país « abrazará la religion de los cristianos. » Del mismo modo resonaron un día en la deicida Jerusalem las voces de los pontífices y fariseos, que no pudiendo sufrir la luz de los milagros del Salvador, decian: « ¿Qué es lo que hacemos? Este hombre multiplica extraordinariamente los prodigios. Si le dejamos así, todos creerán en él, y vendrán los romanos y arruinarán nuestra ciudad y toda la nacion » (1).

La delacion dada contra los santos hermanos tuvo el efecto apetecido por los delatores. Lisias expide luego una orden para que comparezcan en su presencia cargados de hierros, y teniéndoles delante de sí, trábese entre el tirano y los acusados un diálogo, que demuestra por una parte la rabia insaciable del paganismo, y hace resplandecer por otra la gloria y divinidad de la religion de Jesucristo. « Quién sois? » les pregunta el prefecto. — « Somos, contestan, dos hermanos cristianos. — ¿Cuál es vuestra patria? — La Arabia. — ¿Y vuestra profesion? — La medicina. — ¿Teneis familia? — Sí, otros tres hermanos que como nosotros siguen la misma religion. — Segun esto, ¿sois vosotros esos dos famosos embusteros que recorreis las provincias y ciudades, alucinando al vulgo y sublevándole contra los dioses del imperio con los prestigios de vuestro arte? — « Nosotros á ninguna parte vamos sin ser llamados. Léjos de sublevar ni engañar á nadie, no hacemos mas

(1) *Joan. c. 11. v. 47.*

que ejercer con todos indistintamente nuestra honrosa facultad, y sin aceptar recompensa alguna por nuestro ministerio. Nuestros prestigios son la virtud de Jesucristo, por medio de la cual, mas bien que á favor de la medicina, damos la salud á los enfermos, y al mismo tiempo que curamos sus cuerpos, procuramos curar sus almas, librándoles de su ceguedad, y haciéndoles conocer al único Dios verdadero, que es á quien nosotros adoramos. »

¡Qué testimonio tan insigne de la grandeza de la religion ! ¡Qué lenguaje tan sublime y divino ! ¡Oh Jesus, rey de los mártires ! Vos cumplis en vuestros ilustres siervos lo que prometiste á los tuyos, diciendo : « cuando estuviereis en presencia de los reyes y de los tiranos, yo os daré una elocuencia, « una sabiduría á que no podrán resistir vuestros impíos adversarios. » (1) ¿Y cómo era posible no reconocer en este lenguaje de los dos santos hermanos el idioma del cielo ? Si Lysias no hubiera estado dominado por el torpe interes y por una ambicion desmedida, sin duda alguna hubiese quedado persuadido de la verdad que tan clara se le manifestaba. La inocencia de costumbres de sus presuntos reos brillaba á sus ojos de una manera capaz de arrebatár el corazón : su desinterés heróico era una prueba inequívoca de sus intenciones puras y generosas ; los prodigios obrados por su ministerio eran tan palpables, que era necesario para negarlos renunciar el testimonio de la evidencia. Pero ah ! su alma era incapaz de rendirse á las convicciones de su entendimiento, porque preponderaba en ella el temor de caer en la animadversión de los señores del imperio. Renuncia pues á todo sentimiento de honor, lanza de sí la verdad, toma el partido del terror, y se decide á sacrificar aquellas dos víctimas inocentes ante las aras de su cruel supersticion. « Escoged, les dice, entre la vida y la muerte : ó adorais á las « divinidades del imperio romano, ó dejais de existir á la violencia de los tormentos. »

El guerrero que en el momento del combate oye el clarín que anuncia la sangrienta lucha, ve relucir el formidable acero del enemigo, escucha el estremeceador retumbo de las cajas y el horrisono fragor del cañon que siembra la muerte por los campos, no muestra una serenidad tan inalterable como mani-

(1) *Luc. c. 21. c. 15.*

festaron Cosme y Damian al oír la sentencia que les condenaba á morir en los suplicios. Fieles á las banderas que han jurado, apréstanse á la lucha, y como otro Pablo, contestan al prefecto : « Jesucristo es nuestra vida, su cruz nuestra gloria ; así que, preparados estamos, no solo para ser encadenados, sino tambien para dar hasta la última gota de nuestra sangre por el nombre de nuestro divino maestro » (1).

En vano pues se les aplica el tormento. En medio de los mas agudos dolores no cesan de glorificar á Jesucristo y de anunciar su divinidad. Sedientos de padecer por su gloria, diríjense á los verdugos y les exhortan á aumentar el rigor de los suplicios, seguros de que con la gracia del que les sostiene tendrán valor suficiente para soportarlos. Sí, ¡ filosofía blasfema ! la gracia de Jesucristo fué siempre el apoyo con que contaron los mártires. Tú has querido mas de una vez atribuirles sentimientos de orgullo, para enervar la fuerza del testimonio que su constancia ha dado á la divinidad de la religion. Pero es porque jamas supiste ni quisiste comprender la elevacion de sentimientos que engendra la fe, y la confianza que inspiran las promesas del Salvador. Nuestros santos creían y esperaban ; sabian que su maestro era infalible, y que sus palabras debian cumplirse á despecho del mundo ; habian leído que el infierno jamas prevaleceria contra su iglesia ; estaban persuadidos de que todo es posible al hombre contando con el auxilio de aquel que le conforta ; resonaban en sus oídos aquellas palabras de fuerza y de virtud : « No temais á vuestros enemigos : que os « maltraten, que os hieran, que os atormenten y maten.... Yo « estoy con vosotros : yo ante quien el mundo ha quedado « ignominiosamente vencido. » Por eso, pues, si bien desconfiando siempre de su propia debilidad, temerosos de su flaqueza, y abismados en su humildad, firmes no obstante en la esperanza y jamas recelosos de ser engañados, pedian al Señor sus divinos auxilios, y con ellos insultaban á los tormentos, miraban con frente serena la sangre que corria por sus miembros, y ansiaban padecer mas en proporcion que se aumentaban sus dolores.

¿Quién pues no admirará un principio sobrenatural en la constancia de nuestros dos ilustres mártires, al verlos pedir al

(1) *Act. c. 21. v. 13.*

tirano que inventase nuevo género de tormentos, cual si aquellos que sufrían no fuesen suficientes á satisfacer sus deseos de martirio? ¿Habrá quien se obstine en negar que esta constancia es un testimonio irrecusable de la divinidad del cristianismo? ¿Exigirán otras pruebas mas positivas? ¿Mas qué pueden pedir? Prodigios? Tambien el Señor los hizo en el martirio de san Cosme y san Damian. Si atados de piés y manos son arrojados al mar, el mar los lanza de su seno y aparecen salvos é incólumes en la playa. Si se les echa en medio de abrasadoras llamas, las llamas, como allá en el horno de Babilonia, ni aun osan tocar á las plantas de sus piés, ni á los cabellos de su cabeza. Si amarrados á un grueso tronco, llueven sobre ellos dardos envenenados, los dardos se vuelven contra los que los disparan y dejan invulnerables á los mártires.

¡Triunfado has, religion augusta de mi Dios! La constancia de esos dos mártires invictos autorizada con los milagros del cielo, prueban que eres divina, que emanas del seno del Eterno, y que tu cuna es el cielo. Ciñe pues las sienes gloriosas de esos invictos campeones que tan bien han combatido en tu defensa. Tiempo es que despues de la refriega entonen el himno del triunfo. Nada hay mas justo que el que ganó la palma en la guerra disfrute de las delicias de la paz. Volad pues ¡oh felices soldados de Cristo! Las puertas del empíreo se abren ya para franquearos el descanso eterno. La numerosa turba de mártires que os precedieran, os convidan á disfrutar con ellos de las delicias inmortales de la triunfante Sion.

Llegó, señores, el momento de la recompensa. Cosme y Damian ofrecen sus cuellos al cuchillo; reciben con firmeza el golpe fatal; su sangre riega aquel suelo que han fecundado con la semilla del Evangelio; espiran, y con su muerte confirman el testimonio que han dado con su vida de la religion de Jesucristo. Viviendo segun sus preciosas máximas probaron su santidad, y muriendo por sostenerlas, evidenciaron su divinidad.

¡Pluguiese al Señor, católicos oyentes, que la vida y la muerte de nuestros santos mártires fuese la norma que siguiésemos desde este punto! ¡Ojalá que nuestras costumbres no desmintiesen nuestra fe, y que nuestras obras estuviesen siempre en justa proporcion con nuestras creencias! Mas desgraciadamente no es así: estamos muy léjos de dar con nuestra vida un testimonio incontestable de la santidad de esa religion que tenemos

la dicha de profesar. Dijérase que no seguimos la misma fe que los santos mártires, ó que es distinto nuestro culto del suyo, segun que estamos distantes de ejercitar sus virtudes. ¡Menguas por cierto que alimentados desde nuestra infancia con la misma doctrina, herederos de la misma fe y de las mismas verdades que ellos, sea tan criminal nuestra vida, como la suya fué pura é irreprochable! Confundámonos pues, hermanos míos, y aprendamos de nuestros insignes santos Cosme y Damian á vivir cual cumple á unos verdaderos discípulos de Jesucristo. Si no somos llamados como ellos á probar con nuestra constancia en los tormentos la divinidad de nuestra religion, hemos sido llamados para autorizar su santidad con la santidad de nuestras costumbres. Sea pues nuestra vida pura, intachable, rica en virtudes, extranjera á todos los desórdenes de los mundanos, y tan conforme á las creencias que profesamos, que siendo en este mundo objeto digno de los ángeles y de los hombres, nos merezca para la eternidad la inefable recompensa que el Dios de las alturas tiene destinada para los justos, que á manera de olivas fructíferas, plantadas en la casa del Señor, esperan en su misericordia, y permanecen constantes en la fe y en la caridad, sirviendo al dominador del orbe.

¡Oh Dios remunerador de los que sufren la persecucion por vuestro augusto nombre! haced que los ejemplos de los dos santos hermanos Cosme y Damian sean para nosotros un aliciente poderoso para animarnos á sostener sin temor los intereses de vuestra gloria, siquiera sea menester derramar como ellos nuestra sangre para conseguirlo. Si vos nos asistis con vuestra gracia, ni los tormentos, ni las privaciones, ni la muerte mas cruel y dolorosa serán suficientes para hacernos desmentir el honroso título de cristianos que llevamos impreso en nuestras almas. Como vuestros ilustres mártires, nos gozaremos en la tribulacion, seguros de que ella es el camino mas cierto para llegar á la interminable felicidad de la gloria.